

Historia y aventuras de un átomo

TOBIAS SMOLLETT

Historia y aventuras de un átomo

Prólogo

Manuel Gregorio González

Traducción

Victoria León

el paseo, 2024



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte

Título original: *The History and Adventures of an Atom* (1769).

© de la traducción: Victoria León, 2024

© del prólogo: Manuel Gregorio González, 2024

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024

www.elpaseoeditorial.com

1.^a edición: febrero de 2024

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: Belén García-Alifa

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-38-0

DEPÓSITO LEGAL: SE-685-2024

CÓDIGO THEMA: FBC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial
de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.

Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Prólogo	IX
<i>Historia y aventuras de un átomo</i>	
Advertencia del impresor al lector	3
Volumen I	5
Volumen II	95
Índice de nombres en clave	167

Prólogo

UN ÁTOMO ESPAÑOL EN LA CORTE LONDINENSE

El libro que el lector tiene ahora en sus manos, espléndidamente traducido por la poeta Victoria León, tiene un doble vínculo con la literatura española de los siglos áureos, el XVI y el XVII, tanto en lo que concierne al conocimiento de nuestras letras, decisivo en el tardío nacimiento de la novela británica, como en los modelos de que se surtirá dicha literatura, y que podemos resumir en dos figuras: la modernidad irónica del *Quijote* y la descollante soledad del pícaro, que adelanta su perfil de entre las sombras del vulgo. Son, pues, el *Quijote* y la novela picaresca (tempranas traducciones de *La Celestina*, *El Lazarillo*, *Guzmán de Alfarache*, *El Buscón...*), los que ahormarán una parte fundamental de la literatura europea del XVIII –luego veremos esto con más detalle–, y ello por una cuestión de oportunidad perfectamente razonable. Tanto el pícaro como la vida atropellada y errante de Alonso Quijano servirán para encarnar, sin mucha modificación, a los personajes de la sociedad burguesa, de naturaleza comercial y urbana, que entonces fragua. Pero, también, para subrayar los vicios y expresar los ideales que dicha sociedad –excéntrica ya a lo estamental– demanda.

Aventuramos aquí el posible modelo que Tobias Smollett siguió para esta *Historia y aventuras de un átomo* (1769), cuyo carácter satírico se hace evidente desde sus primeras líneas. Todo el siglo XVIII está lleno de un grave afán por encauzar los usos de la sociedad y establecer el ámbito del buen gobierno. Y no solo eso: la Ilustración se acuñará con numerosas obras (véanse las *Cartas persas* de Montesquieu) donde se avaloran distintas sociedades y culturas, con el doble fin de destacar el carácter humano de sus leyes y la naturaleza genuina de cada pueblo. Nuestra hipótesis, que desarrollaremos más tarde, es que la violenta crítica de Smollett a la Corona y el Go-

bierno británicos extrae su idea seminal de una obra española del siglo anterior, *El Diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, publicada en Madrid, Imprenta del Reyno, en 1641. Advirtamos, no obstante, que lo que en Guevara fue, como en los *Sueños* de Quevedo, una incriminación genérica de la sociedad, dispuesta por oficios y corporaciones, en Smollett será una precisa, aunque encubierta, deploración de individuos concretos, velados apenas por un nombre exótico. ¿Por qué razón? «En estos delicados tiempos –advierte Smollett, a través de un figurado impresor, al comenzar la obra–, tal vez sea necesaria una explicación de las páginas que siguen para no sufrir la plaga de la persecución».

Es el propio Smollett, por otra parte, quien declara ya alguna de sus filiaciones y deudas en el prefacio a *Las aventuras de Roderick Random*, novela publicada veintiún años antes (1748), donde elogia la comicidad de Cervantes y del *Gil Blas de Santillana* de Lesage. No en vano, Roderick es uno de los «pícaros» de nuevo cuño, antes mencionados, cuyo destino no será tanto el de esquivar los sinsabores y azotes de la fortuna como el de sobreponerse a ellos, en una figuración del protoburgués audaz y desclasado que encuentra, precisamente, en la individualidad del pícaro (*La riqueza de las naciones* de Adam Smith verá la luz en 1776), un modelo útil para describir a la nueva clase metropolitana, industriosa y pugnaz, del setecientos. Este será el caso de Fielding y Defoe, vale decir, de *Tom Jones* y *Moll Flanders*. No obstante, el humor de la *Historia y aventuras de un átomo* posee un carácter más grosero y acerbo que el cervantino; y sus modelos serán, entonces, Rabelais o Quevedo. Por otro lado, es fácil vincular la intención satírica de Smollett a un contemporáneo suyo, el irlandés Jonathan Swift, quien había publicado ya, en la década de los veinte, tanto los *Viajes de Gulliver* (1726) como su sátira más cruda e inhumana, *Una modesta proposición* (1729), escrita al modo de un ingenuo arbitrista. También Defoe ha practicado la sátira en *El inglés de pura cepa* (1701) y *La forma más rápida de acabar con los disidentes* (1703). A pesar de lo cual, es su *Robinson Crusoe* (1719), mezcla de pícaro afanoso y utopía insular, el que acaso nos valga de mejor modo para ilustrar la naturaleza última de esta *Historia y aventuras de un átomo*, cuya distorsión geográfica usará Smollett para aludir sin peligro al archipiélago británico del XVIII.

«Fue en la era de Foggien, hace mil años, cuando el destino decidió que yo existiera en el imperio de Japón, donde sufrí numerosas vicisitudes hasta que, al final, acabé encerrado en un grano de arroz que se comió un marinero holandés en Hirado y, después de convertirme en una partícula de su cuerpo, llegué al Cabo de Buena Esperanza. Allí me liberaron en forma de disentería escorbútica; me llevaron en un montón de tierra a fertilizar un jardín; me ascendieron a verdura de ensalada que devoró un sobrecargo inglés y, asimilado a cierto órgano de su cuerpo que, a su regreso a Londres, enfermó a causa de un contacto impuro, me vi de nuevo expulsado junto con una considerable porción de carne putrefacta, arrojado a un estercolero, engullido y digerido por un pato del cual, tras comer copiosamente en un banquete de zapateros tu padre Ephraim Peacock, pasé a mezclarme con sus jugos circulatorios para, finalmente, fijarme en la parte principal de ese animáculo que con el tiempo se expandiría hasta convertirse en ti, Nathaniel Peacock».

El tono, probablemente, se halle más cerca de Rabelais que de Vélez. El instrumento, sin embargo, es el mismo. Es la mirada distante, falsamente objetiva, de un ente extraño, que ultrapasa y resume una realidad mostrenca. Como es lógico, allá en el xvii, será un diablo agradecido, mordaz y un tanto moralista, quien exponga y deplora el mundo circundante. En el xviii de Smollett, es un átomo erudito, cima de la objetividad científica. El resultado, en ambos casos, es una estratigrafía del mal –un mal físico, enumerable y cierto, vale decir, hijo del *Enlightment*, en la obra de Smollett– de supuesta ambición edificante. La verdad humana, en todo caso, quizá sea más simple: fue la íntima necesidad de Smollett de injuriar, gibarizar, deformar y ridiculizar cuanto odiaba, convertido ya en objeto humorístico, vale decir, inofensivo y dúctil, aquello que el satírico trasmutaría en moneda artística.

Quienes se adentren en estas páginas de Smollett, cuya claridad se ofrece a través del espejo deformante de una geografía ilusoria, reconocerán sin esfuerzo esta verdad antiquísima.

MANUEL GREGORIO GONZÁLEZ

Diciembre de 2023

Historia y aventuras de un átomo

EL PASEO EDITORIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Advertencia del impresor al lector

En estos delicados tiempos, tal vez sea necesaria una explicación de las páginas que siguen para no sufrir la plaga de la persecución.

El siete de marzo del corriente año de 1748 me las ofreció una mujer alta y esbelta de unos sesenta años que iba vestida de luto y llevaba capa y bonete de seda negra un tanto desgastados por el uso. Se hacía llamar Dorothy Hatchet, soltera, residente en la parroquia de Old Street, y era la administradora del señor Nathaniel Peacock, fallecido en dicha parroquia el día cinco del último mes de abril y cuyos restos mortales descansan en la iglesia de Islington, en la esquina noroeste, donde su tumba se distingue por un monumental tablón donde se lee inscrito el siguiente tríptico:

Hic, hæc, hoc.

Esta es la tumba
del viejo Nathaniel Peacock.

Cualquiera puede permitirse el gusto de dar un paseo de tarde hasta Islington, donde, en el edificio White House, se deleitará y tomará fuerzas con excelente té y panecillos calientes por apenas ocho peniques.

Pero, volviendo al manuscrito, antes de pagar por él lo leí atentamente y hallé que contenía detalles diversos y curiosos acerca de una historia extranjera sin relación o similitud alguna con los trajines de estos tiempos nuestros. De modo que me fui a Kempfer^a, en la Historia universal^b, y allí encontré en sus

^a Engelbert Kaempfer (1651-1715), médico holandés que vivió en Japón a finales del siglo xvii y autor de una historia de Japón. [*Salvo que se indique otra procedencia, todas las notas son de la traductora.*]

^b Obra colectiva en varios volúmenes que comenzó a publicarse en 1730 y en cuya redacción participó también el propio Smollett.

diversos testimonios acerca de Japón muchos de los nombres y bastante de la materia de que tratan las páginas que siguen. Por último, para no correr riesgo alguno de mala interpretación, he recurrido a un eminente asesor legal allegado mío que con diligencia lo leyó todo detenidamente y dictaminó que no sería más procesable que *La visión de Ezequiel* o las *Lamentaciones* de Jeremías el profeta. Con esta seguridad, compré la obra que ahora doy a la imprenta presentando los respetos al cortés Lector del muy humilde servidor suyo,

S. ETHERINGTON
Bucklersbury

Vivant Rex et Regina

Historia y aventuras de un átomo

Volumen I

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Declaración del editor

YO, NATHANIEL PEACOCK, vecino de la parroquia de St. Giles, mercero y autor, declaro solemnemente que el tres del mes de agosto pasado, hallándome a solas en mi estudio, al que se sube por tres tramos de escaleras, cuando eran entre las once y las doce de la noche y meditaba sobre la incertidumbre de la dicha sublunar, oí una vocecilla aguda que pareció salir de una rendija o fisura en mi propio pericráneo y me llamó nítidamente por tres veces:

–Nathaniel Peacock, Nathaniel Peacock, Nathaniel Peacock. Asombrado, incluso asustado por aquella citación, respondí en tono vacilante:

–En el nombre de Dios, ¿qué eres?

Así exhortada, la voz respondió:

–Soy un átomo.

Quedé sumido entonces en una violenta perturbación del espíritu, pues jamás he podido contemplar un átomo sin temor ni temblor, ni siquiera cuando sabía que no era más que una composición de hueso seco; pero la idea de hallarme en presencia de un átomo informado por un espíritu, esto es, animado por un fantasma o duende, aumentaba considerablemente mis terrores. No me atrevía a levantar la vista y encontrarme con una aparición más terrorífica que la escritura en el muro. Las rodillas me temblaban, me castañeaban los dientes, el pelo se me erizó hasta el punto de despegarme un gorro de dormir de algodón del cuero cabelludo, la lengua se me incrustó en el paladar y las sienas se me empaparon de sudor frío. La verdad es que estuve fuera de mí un buen rato. Al final, gracias a Dios, logré recomponerme y grité con fuerza:

–¡Aléjate de aquí, Satanás, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

–Pedazo de gallina –dijo la voz con una peculiar acidez en el tono–, ¿de qué tienes miedo para temblar así e ir soltando a tu alrededor semejante olor tan poco agradable? A quien estás oyen-

do es a una parte de ti mismo. Soy uno de esos átomos o partes constituyentes de la materia que no pueden destruirse, dividirse ni alterarse: las distintas combinaciones de nosotros, los átomos, componen todas las clases de objetos y esencias que la naturaleza exhibe o que el arte es capaz de obtener. De la misma forma, sustancia y calidad son las partículas que nos componen, que se endurecen en la roca o fluyen en el agua; que dan negrura al color negro y brillan en el diamante, que exhalan perfume en la rosa y hieden en el estercolero. En este mismo momento, diez millones de átomos se han dispersado en el aire en virtud de esa olorosa tempestad que ha producido la conmoción de tu temor, y puedo prever que uno de ellos acabará asiéndose a una fibra del nervio olfativo que pertenece a una celebrada beldad cuya nariz es vilipendiada por el uso inmoderado de rapé. Has de saber, Nathaniel, que nosotros, los átomos, individualmente aportamos tal eficacia de raciocinio como no puede esperarse en un cuerpo formado por agregación, donde nos juntamos y apretamos entorpeciéndonos los unos a los otros. Por lo que las ideas que solo nosotros poseemos, no nos es posible comunicarlas más que una vez cada mil años, y ello solo cuando acertamos a llenar cierto lugar de la glándula pineal de una criatura humana, que es precisamente la posición que en este momento yo ocupo en la tuya. Así que, por vuestro bien, miserables mortales, he decidido divulgar la historia de una época durante la cual sufrí en carne propia unas extrañas revoluciones en el imperio de Japón y tuve conocimiento de ciertas anécdotas políticas que conviene dar a conocer para instruir con ello a los ministros británicos. Así que toma la pluma y escribe lo que voy a revelarte.

Para entonces mi aprensión inicial se había desvanecido, pero otro temor casi tan terrible vino a usurpar su lugar. Empecé a tomarme a mí mismo por loco, y concluí que la voz no podía ser otra cosa que la deriva fantástica de mi cerebro perturbado. Por lo que elevé una sincera plegaria al trono de la gracia para que me devolviese al goce de mi buen entendimiento y juicio.

–¡Ay de ti, desdichado incrédulo! –exclamó la voz–. Enseguida te convenceré de que esto no es ni una fantasmagoría ni un sueño espantoso. Respóndeme: ¿conoces el significado y el origen de la palabra átomo?

–La verdad es que no –respondí.

–Entonces yo te lo diré –dijo la voz–, tú lo pondrás al punto por escrito y luego irás a consultar al cura de la parroquia sobre la cuestión. Si su explicación y la mía coinciden, quedarás firmemente convencido de que poseo una existencia real e independiente y de que este discurso no es el vago delirio de un cerebro en desorden. *Atomos* es una palabra griega que designa una partícula indivisible y deriva de alfa privativa^a y del verbo *temno*, que significa «cortar».

Mucho me asombró este mandato que, no obstante, obedecí al pie de la letra, y a la mañana siguiente fui en busca del cura. Pero, por el camino, quiso mi suerte que me encontrara con un físico erudito conocido mío que había leído todos los libros que se hubieran publicado alguna vez en toda nación o idioma, y a él pregunté por el origen de la palabra átomo. Se detuvo un instante, alzó los ojos al cielo, se tocó la barbilla con gran solemnidad y, tras carraspear por tres veces, respondió:

–El griego, señor, lo conozco mejor que mi lengua materna. Yo he conversado con Homero y Platón, con Hesíodo y Teofrasto, con Heródoto, Tucídides, Hipócrates, Areteo, Píndaro y Sófocles y con todos los poetas e historiadores de la antigüedad. Mi biblioteca me ha costado dos mil libras, y otro tanto llevaré gastado en experimentos, y ha de saber que he descubierto ciertos específicos químicos que no divulgaría ni por cincuenta veces esa suma. En cuanto a la palabra *atomos* o *atime*, quiere decir sinvergüenza, señor, o una cosa de ninguna estima. Deriva de alfa privativa y de las palabras que significan «tiempo» y «honor»; de ahí que llamemos al esqueleto anatomía, porque los huesos, por así decirlo, quedan deshonorados cuando se despojan de sus vestiduras y quedan expuestos en su desnudez.

Su interpretación me apesadumbró profundamente, y mi temor a haber perdido el juicio regresó; sin embargo, seguí mi camino en busca de la casa del cura, y le pedí a él su explicación, que coincidió punto por punto con lo que yo llevaba anotado. Cuando volví a mi casa, subí a mi estudio, pedí perdón a mi guía interior y, tomando pluma, tintero y papel, me senté a escribir lo que dictó, que fue esto que sigue.

^a El prefijo de origen griego *a-*, que expresa la negación o la ausencia.